



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La única protección verdadera

Exposición del Mensajero del Eterno

ES para nosotros una alegría inefable conocer la verdad, tener la posibilidad, por una parte, de concebir el valor de la protección divina y, por otra, lo que valen las demás protecciones que en el mundo puedan ofrecernos. Sobre todo, debemos ser agradecidos de saber lo que hay que hacer para poder beneficiarnos de la gracia del Señor que nos dice: "No te desampararé, ni te dejaré".

Nuestras experiencias nos muestran que el Eterno nos ha socorrido siempre amablemente de todos modos. El nos ha dado la verdad, que es la cosa más preciosa; nos ha procurado la maravillosa comprensión de los caminos divinos, del plan de amor que El quiere ejecutar, y al cual nos invita a asociarnos.

Puede muy bien suceder que, en un momento dado, tengamos a todo el mundo en contra, pero en todo caso tendremos al Eterno con nosotros. El apóstol Pablo, fortalecido por todas las experiencias pasadas durante su vida de discípulo, dijo: "¿Si Dios es con nosotros, ¿quién será contra nosotros?"

Naturalmente, conviene que estemos en la nota, si queremos que este pensamiento se realice también a nuestro favor; pues cada cosa depende de otra. Y para que el Señor pueda bendecirnos, es menester que llenemos las condiciones.

El pueblo de Israel era el pueblo simbólico escogido por el Eterno, en el cual deseaba manifestar su poder y su bendición. Sin embargo, sólo fue bajo David y Salomón que se realizó una verdadera prosperidad. ¿Por qué? Porque es sólo bajo estos dos reinados que los israelitas vivieron la ley con celo. Del tiempo de Salomón, el reino de Israel era el reino de la paz; todos los pueblos circunvecinos reconocían la inmensa bendición que residía en Israel, y deseaban pactar con él.

Respecto a nosotros, tenemos en las manos todo lo necesario para realizar la bendición en toda su amplitud. Tenemos magníficas instrucciones, un alimento sólido; se trata simplemente de seguir los caminos divinos a fin de ser el pueblo de Dios que introduce el Reinado de la Justicia en la tierra. Es primordial observar fielmente las condiciones, porque de lo contrario no podemos contar con cualquier resultado.

El Eterno es imparcial, y el que hace el bien le es agradable, pero el que hace el mal no puede sentir su comunión. Se destruye a sí mismo, porque está completamente en desacuerdo con la ley de su organismo. Las cosas divinas están llenas de buen sentido, de sabiduría, y de una ciencia inefable y gloriosa; son un inmenso estímulo para todos aquellos que procuran seguir las. Al seguir esta manera de compor-

tarnos, nos hacemos el bien y cosechamos la bendición. Pero, al contrario, si andamos por el camino opuesto, seguimos ingurgitando veneno, que no dejará de debilitar de una manera desastrosa todo nuestro organismo.

Estamos al corriente del proceso de la vida y sabemos que todo lo que se siembra se cosecha. Por supuesto, a menudo hay personas que, tras haber sembrado mucho mal, parecen no cosechar la equivalencia de lo sembrado. Incluso mueren a veces ancianas y sin sentir demasiados sufrimientos, mientras que otras que no se han conducido tan mal, tienen sufrimientos y dificultades mucho más grandes. Esto no quiere decir nada, porque todo no se acaba con la muerte. Hay después también la resurrección, y es entonces que las equivalencias se mostrarán en toda su extensión.

Los seres humanos volverán como se han ido, porque no será en la tumba que habrán transformado su carácter. En aquel momento, pues, se tratará para cada uno de reformarse. Cuanto más degenerado haya sido el carácter, mayor será la dificultad para transformarlo. En cambio, todo el bien que se haya hecho será una provisión, mientras que todas las malas acciones cometidas serán una desventaja, por el hecho de las malas impresiones que habrán grabado en el cerebro.

En ese momento, será exactamente el registro que haya sido formado en el curso de la existencia en la tierra que se presentará de nuevo. No habrá acepción alguna de personas. Cada uno aparecerá como es realmente, sin aureola de gloria, de fortuna o de renombre que pueda encubrir la desnudez del individuo. Cada uno se sentirá revelado como es, y no podrá eludir de humillarse y reconocer su verdadero estado. Los títulos de nobleza que el adversario les ha servido a los seres humanos no tendrán más curso. Se comprende, pues, que habrá muchas sorpresas y muchas decepciones al principio.

Por tanto, es muy ventajoso hacer lo necesario ahora, reconocer nuestro propio estado, y empezar con gozo a reformarnos lo más rápidamente posible. Deberíamos sentirnos profundamente agradecidos y entusiasmados de estar al corriente de las cosas, de conocer el plan divino, y poder beneficiarnos de esta escuela admirable y sublime a la que nos invita tan amablemente nuestro querido Salvador, después de haber pagado por nosotros el ingreso. Gracias a él podemos transformarnos completamente.

Como lo he dicho muy a menudo, un buen carácter es una maravillosa protección. El que ha aprendido a amar a su prójimo, a amar incluso a sus enemigos, posee una inmensa ven-

taja, porque no está más sujeto a la excitación, a las crispaciones nerviosas, a toda clase de decepciones y desencantos. Para él es innecesario impacientarse, encolerizarse, sentirse ofendido, vejado, etc. Todo esto desaparece completamente para dar lugar a la tranquilidad y a la limpidez del corazón.

Cuando podemos cubrir a nuestro enemigo con el amor divino, esto nos hace bien a nosotros mismos, y es para el enemigo una exhortación al arrepentimiento. Los seres humanos se tienen celos, se desean el mal unos a otros. No pueden soportar una contradicción y se sienten enseguida agraviados, lo que es sumamente nocivo para su organismo.

Todas estas sensaciones se repercuten de una manera desastrosa sobre las funciones del cuerpo, que de esto sufre mucho. Por eso no es extraño que haya tantos trastornos de todas clases, enfermedades que llevan a los seres humanos al sepulcro. ¡Cuánto debemos sentirnos impulsados, pues, a poner completamente a un lado todos los pensamientos que no sean amables, a luchar con energía contra nuestros malos hábitos, a dejar obrar el poder de la gracia divina, a fin de poder ser amables y bien dispuestos concerniente a nuestro prójimo!

Nuestra dulzura, nuestra bondad, nuestro espíritu conciliador son un lenitivo para aquellos que se nos acercan. Es sobre todo un excelente remedio para nuestro propio organismo, el mejor que se nos pudiera prescribir para obtener la curación.

¡Qué privilegio inestimable es beneficiarnos de esta nueva educación, y recibir todas estas gloriosas instrucciones que el Señor nos concede con tanta benevolencia! No obstante, no debemos contentarnos, con oír, sino tomar las cosas a pecho. ¡Pues cuántos males podemos evitarnos si seguimos los caminos verdaderos, y escuchamos al buen Pastor que nos dice: "Ama a tu prójimo, ¡hazle el bien y nunca el mal!"

Por tanto, no nos abandonemos a nuestro egoísmo; no nos dejemos abatir por las dificultades, ni escuchemos la voz del adversario que nos dice que es imposible alcanzar la meta. Pues "al que cree, todo le es posible". Esforcémonos sobre todo en vencer nuestros impulsos, que no son divinos. Por otra parte, se trata de seguir adictos y agradecidos. Lo conseguiremos poniéndonos bajo la dirección de la gracia divina, con la firme resolución de vivir las enseñanzas del Señor con fidelidad.

Hay una multitud de cosas que es preciso reformar en nuestro corazón. El Reino debe ser para cada uno el pensamiento esencial, y que este pensamiento tenga la preponderancia

sobre todos los demás. Este no es siempre el caso. Hay muchas cosas que mejorar en este sentido, también concerniente a los queridos evangelistas y a los amados que cuidan de las visitas pastorales; muchas veces se dejan embarcar por toda clase de cosas materiales que los distraen de su ministerio.

Es evidente que no debemos ser tampoco fanáticos, pero lo material no debe crearnos obstáculos en la carrera. La costumbre es tan grande de excusarse uno mismo para no hacer lo necesario honrada y sinceramente. Hay todavía tanta hipocresía en nuestro corazón. Es preciso, pues, tener el valor de examinar las cosas de frente. Es lo que hice yo mismo, y muy pronto me recobré diciéndome: "¡Hipócrita que eres, apresúrate a humillarte, y esfuérate en la sinceridad y en cambiar tu espantoso carácter!"

El Señor tiene en cada uno de nosotros gran confianza. Cuanto más grande es la confianza que se nos manifiesta, más vigilantes debemos ser. Yo he visto a amigos ancianos de grupos, disponiendo de ciertas cosas sin darse exactamente cuenta de las responsabilidades en que incurrieron; hacían cosas fuera del programa, al pagar un viaje acá, un viaje allá. También otros han alegado que sería posible que las reuniones generales quedaran suspendidas a causa de dificultades económicas. Todo esto es simplemente falso.

La cuestión económica es la menos importante. Si tenemos el amor, esto basta con crecer, y lo demás nos es dado por añadidura. Pero conviene hacer lo necesario; no debemos contar con la benevolencia divina cruzándonos de brazos. Es menester obrar personalmente, vivir el programa con sinceridad y llenar las condiciones. Entonces el Señor no faltará a su palabra; nos estimulará, nos bendecirá, nos dará todo lo necesario, pero debemos presentar también la contrapartida.

Las dificultades pueden manifestarse para probarnos; pero si aguantamos bien, resultará una grandiosa bendición. Mencionemos el caso de la mujer siro fenicia, a quien el Señor no le hizo cumplidos con su respuesta, sino que le dijo: "No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos".

La comparación era clara y precisa; mostraba muy bien que el pueblo de Israel representaba a los hijos, y que a los paganos se los consideraba como a perros, de los cuales ella formaba parte. Lo que Jesús le respondió era manifiesto y claro; por eso muchos en su lugar hubieran considerado tal declaración como una afrenta y habrían perdido el ánimo.

¡Pero qué humilde réplica dio la mujer siro fenicia a la reflexión del Maestro! Pues ella contestó: "Sí, Señor, pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos". A Jesús le entusiasmó su respuesta y le dijo: "Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres".

El Señor es fiel, podemos contar con él, pero debemos dejarnos poner a punto, y no querer perseguir dos liebres al mismo tiempo, porque las erraríamos a las dos. El Señor da en abundancia a sus queridos hijos, procurando más a sus amados durante su sueño que a otros con mucho afán; pero también debemos realizar nuestra parte. Tenemos un objetivo por alcanzar, lo que requiere que nos ejercitemos de todo corazón en el amor altruista; que nos volvamos nobles, y que no rebajemos nunca a nuestro hermano en nuestro pensamiento, ni a la vista de los demás.

Algunos amigos que tienen el cargo de dar el tono en los grupos, no han manifestado esa nobleza ni esa amabilidad para con sus hermanos. Ellos han criticado el trabajo de aquellos que los habían precedido en el ministerio. Esta es una cosa muy mala que nunca debemos hacer, porque es un gran perjuicio para el que se conduce así. Es hacer directamente un trabajo de demolición. Ahora bien, no somos llamados a demoler, sino a edificar.

Hablar mal de un hermano, es demoler, es quitar las piedras del edificio del Reino para hacerlo caer. Aunque no sea nuestra voluntad, a pesar de todo lo hacemos cuando nos complacemos en escuchar a nuestro viejo hombre, que está lleno de malos pensamientos, y que tan sólo procura gloriarse en detrimento del prójimo. Por tanto, deshabuémonos completamente de criticar en cualquier sentido, porque es siempre desastroso. Menospreciar a los demás para subirnos sobre un pedestal, es muy feo y mezquino.

No lo hagamos, pues, porque esto no es digno de nuestra vocación y de nuestro ministerio. Inspirémosnos, al contrario, de la maravillosa línea de conducta de nuestro querido Salvador, que no ha menospreciado nunca el trabajo de cualquiera de sus pequeños colaboradores, los cuales sin embargo algunas veces han demostrado ser muy pobres.

El Hijo muy amado de Dios ha mostrado el camino con una inefable benevolencia, y nos ayuda a andar en él. Cuando su ovejita está cansada, cuando se ha herido, al aventurarse por andurriales, él la lleva sobre sus hombros con ternura. No procede con reproches ni con palabras amargas, con algo que pudiera menospreciar y desalentar a quien sea.

El Señor Jesús no nos regaña jamás. Él nos aconseja amablemente y nos conduce con amor hasta la meta, si queremos dejarnos conducir dócilmente. Él sabía comprender los pensamientos y los deseos secretos del corazón, y regocijar el alma de aquellos que, como Zaqueo, procuraban acercarse a él; era jefe de los publicanos, y se había subido a un sicómoro, movido por el ardiente deseo de ver a Jesús que iba a pasar. El Señor no lo reprendió diciéndole: "No quiero saber nada de ti, porque has cobrado cosas indebidamente, y así has robado a tu prójimo". Mas al pasar Jesús debajo del sicómoro, levantó la cabeza y le dijo: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa".

Podemos figurarnos el gran gozo del corazón de Zaqueo, pues concibió el inmenso honor que se le hacía. El le dijo al Señor: "¡Cómo, a mí que soy un miserable pecador, quieres honrarme con entrar en mi casa; esto me confunde y deseo devolver en bien lo que he hecho en mal; si en algo he defraudado a mi prójimo, ¡quiero devolverle cuadruplicado lo que haya podido perjudicarlo!". Su conciencia debía seguramente reprocharle varios hechos; por eso reconoció toda su miseria y manifestó un gran deseo de reformarse. El Señor lo tranquilizó de una manera admirable y con divina bondad.

Estas son enseñanzas prácticas que nos hacen tocar con el dedo la sublime mentalidad manifestada por nuestro querido Salvador. Esta mentalidad está puesta delante de nosotros como un objetivo por alcanzar también, en calidad de discípulos de Cristo asociados a nuestro querido y divino Maestro. Es preciso también que el Ejército del Eterno adquiera los sentimientos divinos para poseer la viabilidad.

Lo que nos ayuda maravillosamente es el esforzarnos en hablar siempre del Reino de Dios cuando estamos juntos. Cuando nos ocupamos de los negocios de nuestro Padre celestial, irradiamos mucha alegría, y el adversario no tiene donde agarrarse en nosotros.

Esforcémonos, pues, en poner en práctica las enseñanzas que nos da el Señor y en seguir el ejemplo que encontramos en su noble personalidad. Las dificultades del día nos dan la ocasión de hacerlo, aplicándonos en la reforma de nuestro corazón. Las exhortaciones son sublimes, magníficas, curativas y amables a más no poder. Nos corresponde seguir las.

Para que la instrucción produzca en nosotros su efecto de transformación y de salvación, es necesario que sigan los hechos, por eso se presenta la prueba, cuyo fin es sellar la instrucción con la acción. Estemos, pues, muy agradecidos de las benditas lecciones que deja venir el Señor en su sabiduría y su amor para que podamos alcanzar seguramente la meta.

¡Cuánto me regocijo de todo lo que se hace para hacer avanzar el Reino! Por eso me asocio con mucha alegría a todos los amados hermanos que trabajan de todo corazón por esta obra de amor. Le doy gracias al Eterno por la abnegación de cada uno y ruego fervorosamente por todos los queridos colaboradores. Por tanto, queremos seguir adelante con entusiasmo, recordando lo que el mismo Señor nos dice: "No te desampararé, ni te dejaré".

Alegrémonos, pues, de todo lo que se presente, y démosle gloria al Eterno, aceptando dócil, humilde y felizmente las lecciones, las cuales son todas buenas, magníficas y útiles. Nos alegramos de ser hijos privilegiados del Eterno, a quienes ha aceptado por los méritos de Jesucristo, nuestro querido Salvador.

Queremos participar con todo nuestro corazón en el triunfo del bien sobre el mal. Gloriosas perspectivas están delante de nosotros. Se trata, para nosotros, de practicar el bien sin cansarnos. El bien está personificado en nuestro querido Salvador, que representa la quintaesencia del bien, por eso es el camino, la verdad y la vida.

Queremos aplicarnos con todo nuestro corazón en asemejarnos a él. Es así como cada uno, en su ministerio y en su radio de acción, podrá propagar la bendición, el consuelo y el aliento del amor divino, a la gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Nos hacemos dignos de la protección del Señor por nuestra conducta desinteresada y hemos traído buenas impresiones?
2. ¿Nos esforzamos durante el día en construir con palabras y una actitud divina?
3. ¿Hemos dado la prioridad a lo espiritual sobre lo material, abordado las dificultades y la resistencia con un espíritu amable?
4. ¿No rebajamos más a nuestro prójimo para elevarnos nosotros mismos, y progresamos en la humildad y en la paciencia?
5. ¿Cultivamos la bondad, la dulzura y un espíritu conciliador, de lo cual se propaga el ambiente del Reino?
6. ¿Conservamos el tono del Reino, siempre hablando de lo que lo edifica y vamos venciendo las sugerencias del adversario?